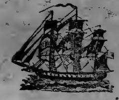
HISTORIA

DE

SIMBAD EL MARINO,

con las extraordinarias aventuras que le sucedieron en los siete viajes que hizo en los mares de la India.



MADRID.—1870.
Despacho de Marés y compañía, Juanelo, 19.

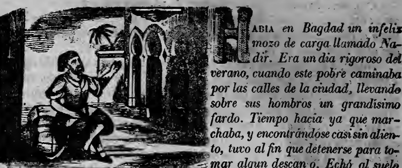
[illegible]
[illegible] Medina Villan
De 22 de
Abril de 1878

HISTORIA

DE

SIMBAD EL MARINO.

INTRODUCCION.



Habia en Bagdad un infeliz mozo de carga llamado Nadir. Era un dia rigoroso del verano, cuando este pobre caminaba por las calles de la ciudad, llevando sobre sus hombros un grandísimo fardo. Tiempo hacia ya que marchaba, y encontrándose casi sin aliento, tuvo al fin que detenerse para tomar algun descanso. Echó al suelo su carga y se sentó sobre ella en medio de una calle, teniendo al frente una casa en cuyo grandioso aspecto y por el agradable olor que salia de ella, conoció que allí dentro habitaba un gran personaje, y que á la sazon se daba un banquete. Así era en efecto; el ruido de los convidados, los escitantes olores de los manjares y la suave melodia de armoniosos instrumentos, ninguna duda dejaban.

Escitada la curiosidad de Nadir, quiso saber quién vivia en aquella casa, y acercándose á varios criados que vió en la puerta ricamente vestidos, les preguntó cómo se llamaba el señor de aquel palacio.—Estraño es por cierto, le contestó uno de ellos, que viviendo en Bagdad no sepais que esta es la morada del célebre Simbad el Marino, el cual ha viajado por todos los mares que alumbra el sol. El pobre mozo, que ya tenia noticia del opulento Simbad, no pudo menos de envidiar la suerte de un hombre tan venturoso, y compararla con la suya desgraciada. En un rapto de desesperacion, alzó los ojos al Cielo y esclamó en voz bastante alta: «¡Oh Supremo Hacedor de todas las cosas! ¡Cuánta es la distancia entre Simbad y yo! Continuamente trabajando, y apenas puedo alimentar á mi familia con mísero pan de cebada, mientras que este afortunado Simbad, ocioso en medio de los deleites, gasta inmensas riquezas! ¿Cuáles serán sus méritos para concederle el Cielo tantos dones, y qué habré yo hecho para merecer tanta desgracia?»

Sumergido en sus tristes reflexiones permaneció un corto espacio, hasta que sintió que le agarraban del brazo y un hombre le decia: «Venid conmigo; mi señor Simbad quiere hablaros.»

Nadir, temiendo que Simbad habria oido su esclamacion y le llamaba para castigarle, rehusaba obedecer aquella órden, diciendo que no podia dejar abandonada su carga en medio de la calle; pero al fin tuvo que ceder á las repetidas instancias del criado.

Temblando llegó Nadir á un salon en donde habia muchos señores comiendo con indecible regocijo. El sitio de preferencia le ocupaba un personaje grave y agraciado, á quien servian con solicitud un gran número de criados ricamente vestidos. Era Simbad aquel señor, y mandando á Nadir que se sentase á su lado, él mismo le sirvió de comer.

Concluida la comida, Simbad preguntó al mozo cómo se llamaba y cuál era su ocupacion. Contestóle Nadir avergonzado, y Simbad añadió: «Ya que tengo el gusto de conoceros, quisiera saber por vuestra boca en mi presencia lo que os oí decir poco ha en la calle.

Nadir, á tal demanda, tembló de pies á cabeza, y muy sonrojado contestó: «Señor, os confieso que desesperado y trastornado por el cansancio, aventuré algunas palabras indiscretas que os ruego me perdoneis.»—Muy lejos de reprenderos por vuestras quejas, compadezco vuestra situacion; pero quiero haceros ver el error en que estais respecto á mí. Habreis pensado sin duda que todo cuanto poseo lo adquirí sin trabajo ni merecimiento, y voy á desengañaros. Antes de llegar á tan feliz estado, he sufrido muchos años de privaciones y penalidades. Alguna vez me habreis oido hablar ligeramente de mis estrañas aventuras, dijo volviéndose á los convidados, y de los peligros que corrí en siete viajes que hice; peligros capaces de quitar el ánimo para cruzar los mares, á los hombres mas codiciosos; ahora, puesto que se presenta la ocasion, os haré una narracion exacta, si me haceis el honor de escucharme.

PRIMER VIAJE DE SIMBAD EL MARINO.



Habiendo heredado un sin número de bienes, como jóven sin esperiencia y dueño de mi voluntad, principié desde luego á gastar en caprichos y deleites. Viendo que mis riquezas disminuian considerablemente, reflexioné á buen tiempo que á mas correr iba caminando á la pobreza y que pronto llegaria á la vejez, encontrándome sin dinero. Tomé, pues, una resolucion: consulté con algunos mercaderes juiciosos que traficaban por el mar, y aconsejado por ellos, pasé á Balsora, donde me embarqué, dando á la vela para las indias orientales, con ánimo de allí emplear el dinero que me quedaba.

Un dia de nuestra navegacion, nos cojió una calma tocando á un islote á flor de agua. El capitan permitió que se saliesen á tierra los que lo deseasen, y yo fuí uno de estos. Principiamos á divertirnos, encendimos lumbre para comer, y repentinamente la isla se conmovió, causándonos un terrible estremecimiento. Los que habian quedado en el buque vieron el sacudimiento, y nos gritaron que inmediatamente volviésemos á embarcarnos, porque lo que habiamos creido ser una isla, era el lomo de una enorme ballena. Con la mayor celeridad, unos se metieron en la lancha, muchos se echaron á nado, y yo me hallaba todavia sobre la ballena, cuando levantando esta su disforme cola se sumerjió en el mar, dándome solo el tiempo preciso para abrazarme á un madero que habiamos llevado del buque para encender fuego. El capitan, al momento que recibió á bordo á los que se habian salvado, sin advertir que yo faltaba, se hizo á la vela y aprovechó un viento favorable que principió á soplar.

Quedando yo á merced de las olas, hube de disputar mi vida todo el dia y la noche siguiente, hasta que ya no tenia fuerzas ni esperanzas de salvacion. Arrojado afortunadamente á una isla, estuve allí sobre la tierra sin sentido, hasta que á la mañana el calor del sol principió á reani-

marme. Sumamente débil por la falta de alimento y el escesivo cansancio, fuí arrastrándome para buscar algunas yerbas de que comer: en efecto, comí de ellas, y el agua fresca de una fuente que tuve la dicha de hallar, acabó de restablecerme. Quise luego caminar tierra adentro, y en una hermosa pradera ví muchos caballos que estaban paciendo; entre el temor y la alegria, dirigi allí mis pasos. Cuaudo estuve cerca, conocí que eran yeguas, atadas todas á fuertes estacas: eran hermosísimas, y yo las estaba mirando entusiasmado, cuando la voz de un hombre salió de una gruta. Poco tiempo habia pasado cuando aquel hombre se me acercó y me preguntó quién era. Yo le referí mi aventura, y cojiéndome de la mano me internó en la gruta, en donde otras muchas personas que habia se quedaron atónitas al verme.

Diéronme á comer algunos manjares, y yo les pregunté qué hacian en aquel lugar que me habia parecido una isla desierta. Ellos me respondieron que servian de palafreneros al rey Mirsa, soberano de aquella isla: que en igual estacion todos los años llevaban allí las yeguas del rey, á las cuales cubria un caballo marino, volviéndose despues al mar; que en seguida llevaban otra vez las yeguas á la córte, siendo destinados para el rey los caballos que de ellas nacian, de uua hermosura admirable y estremada velocidad. Me dijeron tambien que al dia siguiente debian marcharse, y que si yo hubiese llegado cuando ellos no estuviesen alli hub era perecido sin remedio, pues las poblaciones estaban muy distantes, y era imposible dirigirse á ellas sin guia ni camino.

Emprendimos nuestro viaje al dia siguiente hácia la capital de la isla. Fuí presentado al rey Mirsa, y me hizo varias preguntas, á las cuales contestando yo á su satisfaccion, declaró que se interesaba mucho en mi desgracia, y por lo tanto dió órden de que se me proporcionase todo cuanto necesitara.

Relacionándome yo cou los mercaderes, particularmente los estrangeros que allí encontré, supe noticias de Bagdad, y pensé en volverme á mi pais creyéndolo fácil. Frecuentando la córte del rey, conversaba con los gobernadores, los príncipes que le rodeaban y los sabios de la India, instruyéndome en las costumbres y leyes de sus estados.

Un dia paseaba yo en el puerto, cuando llegando un buque, principió á descargar sus mercancías, entrándolas en los almacenes. De repente fijaron mi atencion unos fardos, viendo en ellos escrito mi nombre: los examiné detenidamente, y reconocí sin duda alguna que aquellos eran los mismos que yo habia cargado cuando me embarqué en Balsora. Tambien conocí al capitan, y como yo estaba persuadido de que me creia muerto, acercándome á él le pregunté de quién eran aquellos fardos. No reconoció mis facciones, y me contestó: «Embarcándose conmigo un mercader de Bagdad, llamado Simbad, llegamos un dia cerca de una isla: él con otros pasageros dese barcó, y la supuesta isla era una dis-

forme ballena durmiendo á flor de agua; la cual cuando sintió sobre su lomo el fuego que encendieron, se sumerjió en el agua. Se salvaron la mayor parte de los que estaban encima; pero entre algunos que se ahogaron fué uno el desgraciado Simbad. Suyos eran esos fardos, y tengo intencion de negociarlos para si algun dia encuentro alguno de su familia, entregarle su capital y las ganancias que de él ayá sacado.—Pues yo soy ese Simbad, mi capitan, le dije: os habeis equivocado creyéndome difunto; mios son los fardos.

El capitan sorprendido con mis palabras, esclamó: «Será posible, gran Dios! De quién puede uno ya fiarse? Adonde está la buena fé de los hombres? Con que yo con mis propios ojos vi perecer á Simbad; todos los pasageros lo vieron como yo, y ahora teneis el descaro de venir diciéndome que sois ese Simbad! Hombre perverso, al juzgar vuestro aspecto cualquiera os tendria por un hombre honrado, y sin embargo con una inícua maldad intentais apoderaros de unos bienes que no os pertenecen!» Si quereis escucharme, le contesté, podreis saber el modo como me salvé. Le referí, pues, lo que me habia ocurrido y mi encuentro con los palafreneros del rey Mirsa.

Convencido por estas palabras, y llegando al mismo tiempo algunos pasageros de su buque, me reconocieron, manifestando su grande alegría porque me volvian á ver, con lo cual el capitan persuadido de que yo no era un impostor, conociéndome al fin, se arrojó en mis brazos esclamando: «Bendito sea Dios, que os libró de tan inminente peligro! Cuánta es mi satisfaccion en este momento! Vuestros son los fardos; tomadlos, ahí los teneis.» Yo no sabia cómo espresarle mi agradecimiento y elojiar bastante su honradez: quise regalarle algunas mercancías, pero él no consintió en admitirlas, aunque le hice grandes instancias.

Regalé al rey lo mas precioso de mis fardos, y aquel señor dignándose admitir mi obsequio, me hizo otros presentes de mucha mas consideracion que los mios. Cambié las mercancías por otras del pais, y cuando el buque se hizo á la vela me embarqué, habiéndome despedido del rey Mirsa. Favorable nos fué la travesía, llegando por fin á Balsora, desembarcando mis géneros, por valor de cien mil zequies. Inútil será decir que yendo á ver á mi familia, me recibió con el júbilo que puede causar la inesperada vista de una persona que ya se ha creido perdida. Compré muchos esclavos, campiñas, y construí una casa grandiosa, para disfrutar en ella todos los placeres de la vida, despues de los quebrantos que habia sufrido.

Simbad suspendió aquí su narracion para seguir comiendo, y el banquete duró hasta la noche. Se despidieron los convidados muy alegres y satisfechos del agasajo con que los habia tratado su amigo; y cuando Nadir fué á retirarse le dijo Simbad, poniéndole en la mano un bolsillo con cien zequies: «Tomad, amigo Nadir; ahí teneis para socorrer á vuestra

familia hasta mañana que volvereis á oir la continuacion de mis aventuras.» Entusiasmado el mozo con tan inesperado presente se despidió, y llegado á su casa, hizo un fiel relato de su ocurrencia á su esposa, que ya le aguardaba con impaciencia, la cual recibió un gozo indecible al ver brillar en sus manos los zequies. Ella y los hijos dieron gracias á Dios por el beneficio que les enviaba, y aquella noche durmieron mas tranquilos de lo que tenian por costumbre.

Llegada la mañana siguiente, Nadir se aseó con la mejorcita ropa que tenia y se fué á la casa de su generoso bienhechor. Este le recibió con el mayor agasajo, y cuando estuvieron reunidos los convidados de la víspera principiaron la comida. De sobremesa, tomó Simbad la palabra diciendo: «Confio, señores, en que tendreis la amabilidad de escuchar la continuacion de mis aventuras en mi segundo viaje, que por cierto no son de menos interés que las del primero.» Prestaron todos atencion, y Simbad habló así.

SEGUNDO VIAJE.

Decidido como estaba á pasar tranquilamente en Bagdad lo que me restase de vida, pasaba los dias en la mas indolente ociosidad, y esto pronto vino á cansarme. De nuevo me asaltaron los deseos de viajar por mar, y asi lo verifiqué segunda vez, llevando conmigo ricas mercaderías. En compañía de otros mercaderes emprendí mi navegacion, pasando de isla en isla, donde haciamos cambios muy ventajosos. Desembarcamos un dia en una frondosa isla cubierta de árboles frutales, aunque tan desierta que no se hallaba ni aun indicio de haber allí jamás pisado planta humana. Fuimos internándonos por sus deliciosas praderas, y mientras algunos se divertian cojiendo flores, ó se refrescaban con las cristalinas aguas de sus abundantes fuentes, yo me senté á comer á orilla de un puro arroyo que bañaba los pies de frondosísimos árboles. Despues de mi comida, el sueño embargó mis sentidos. No sé cuánto tiempo dormí; pero al despertar yo no ví el buque que allí me habia llevado. Sobresaltado me levanté, miré á todas partes, y no encontré á los mercaderes que me habian acompañado. Muy en lontananza distinguí el buque á toda vela, que no tardó mucho en perdérseme de vista, desapareciendo en el horizonte.

Considerad, amigos, cuánta seria mi amargura, encontrándome allí solo y desamparado en medio de un desierto. Se agolparon á mi imaginacion las mas horrorosas ideas; principié á golpearme en el suelo y á maldecir mi codicia insaciable, que no se habia contentado con el primer viaje. Todas mis voces se perdian en el espacio; mis maldiciones y propósitos se estrellaban en los troncos de los árboles.

No quedándome otro arbitrio que conformarme con la voluntad de Dios, me subí á la copa de un árbol, por si desde allí descubria objeto alguno que halagase mi situacion. Muy en lo interior de la isla descubrí cierto bulto blanco; bajé, recojí todos los víveres que pude, y me dirijí hácia el punto en que estaba el objeto aquel. Estando ya cerca, despues de andar mucho tiempo, distinguí que era una enorme bola blanca; fuí acercándome; su tamaño era portentoso; la toqué con la mano y percibí en ella una suavidad estremada. Dí vueltas á su alrededor, y no pude conocer que tuviese abertura alguna. Subir encima era imposible, porque á mas de su desmesurada altura, se oponia su escesiva suavidad.

Era cerca de la hora de ponerse el sol, y repentinamente se oscureció como si le ocultase una densa nube. Alcé los ojos y ví con asombro ser la causa una ave de un tamaño espantoso, que venia volando hácia donde yo estaba. En aquel momento me acordé de haber oido hablar á los marineros de una ave llamada roc, y comprendí que aquella era, y la bola blanca un huevo suyo. Me arrimé todo cuanto pude á ocultarme debajo del huevo, y el ave, parándose encima se puso á empollarlo. Una de sus patas, tan gorda como el tronco de un árbol, caia delante de mi cuerpo, y yo me até á ella con la faja de mi turbante, confiado en que al volar el ave me llevaria consigo y me trasportaria fuera de aquella isla desierta. No salió vano mi cálculo, despues de pasar toda la noche de aquel modo, al amanecer el dia siguiente voló el ave, y me remontó tan alto, que perdí de vista la tierra. Despues de divagar algun tiempo por el espacio, volvió á bajar el ave con la velocidad del rayo, y entonces yo al tocar en tierra me desaté prontamente de su pata. Ella dió un salto, cojió en su pico una gran serpiente y desapareció volando.

Encontréme, pues, en un valle muy hondo, cuyas montañas largas y escarpadas se perdian en las nubes. Miré á todas partes y me convencí de que no era mejor el sitio en donde estaba, que la isla desierta que habia dejado. Fijé la vista en el suelo y ví que todo estaba entapizado de gruesísimos diamantes, lo cual no pudo menos de causarme algun placer; mas pronto se trocó en terror al divisar un gran número de serpientes disformes, tales, que la mas pequeña podia tragarse á un hombre. Aquellos reptiles de dia se ocultaban en sus cuevas por temor al roc, y solamente salian de noche.

Todo el dia le pasé recorriendo el valle, y cuando llegó la noche me acogí á una cueva, cerrando bien la entrada con una gruesa piedra para

librarme de las serpientes. Me puse á cenar y fuí sobrecojido de temor por los espantosos silvidos de las serpientes que cruzaban por el campo. Fácilmente comprendereis con cuánto sobresalto pasaria yo la noche. Luego que amaneció y las serpientes se retiraron á sus cuevas, salí de la mia tan sobresaltado, que largo rato anduve sobre los diamantes y no me cuidé de cojerlos. Cansado al fin de andar me senté, y era tal la falta de sueño, por mi desvelo de la noche, que me quedé dormido. Corto fué mi sosiego, porque un enorme bulto cayendo á mi lado me despertó, miré asustado y era un tremendo trozo de carne fresca, viendo al mismo tiempo caer otros muchos por todo el valle.

Comprendí entonces lo que aquello significaba, y era ni mas ni menos lo que yo habia oido referir varias veces á los marineros acerca del valle de los diamantes, y del modo estraño de cojerlos de un suelo adonde no podia penetrar ningun hombre por ser tan elevadas las rocas y no tener bajada alguna. El ardid con que se apoderaban de aquellas riquezas, consistia en dirijirse á la orilla del valle por lo alto de las montañas, y tirar abajo gruesos pedazos de carne en la temporada que las águilas del pais hacen sus crias. Los trozos de carne al caer de lo alto reciben los diamantes que se les clavan con sus puntas. Las águilas acuden á la carne, la cojen y la llevan á sus nidos en lo alto de las rocas para sus hijuelos: entonces los mercaderes haciendo espantar á las águilas con fuertes gritos, acuden á los nidos y cojen los diamantes que la carne tiene clavados.

Siempre habia yo tenido por fabuloso este relato; pero convencido entonces de su verdad, resolví aprovecharme de tal suceso para salir del valle, que sin duda podia considerar como mi sepulcro. Recojí los diamantes mas gruesos que ví, llené cuanto pude la bolsa grande que me habia servido para mis provisiones, y cojiendo un pedazo gruesísimo de carne me le até al rededor del cuerpo, sugetando á mi cintura la bolsa, y me tendí en el suelo. Llegaron al momento las águilas; cada cual se apoderó de un pedazo de carne, y la que tomó el que á mí me envolvia, me llevó á su nido. Cuando los mercaderes ahuyentaron las águilas y se acercaron para hacer su presa, el que llegó á mí quedó sorprendido al verme; pero luego se repuso y principió á insultarme, diciendo que yo le robaba lo que era suyo. No así me insulteis, l contesté; mirad si yo tengo para vos y para mí diamantes que habrán de envidiar todos vuestros compañeros, cogidos por mis manos en lo interior de ese valle adonde ninguno de vosotros pudo jamás penetrar. Estaba yo enseñándole los diamantes, cuando llegaron los otros mercaderes y admirados de verme, lo quedaron mucho mas cuando les referí mi singular historia y mi temerario arrojo.

Me llevaron á su albergue y entonces les manifesté los diamantes que llevaba en la bolsa, quedando tan admirados de su granaioso tamaño,

que confesaron no haber visto otros iguales en los muchos paises que habian recorrido. Le dije que tomase los que quisiese al mercader que me habia encontrado en el nido. El fué tan modesto que solo tomó uno: yo le instaba para que tomase mas, y él me contestó «Este solo es tan precioso que bastará para proporcionarme una vida tranquila en la abundancia, sin necesidad de volver á emprender mas viajes.»

Hacia ya dias que los mercaderes habian ido á recojer diamantes, y contándose satisfechos con los que tenian reunidos, pasamos la noche sosegados, y á la mañana siguiente nos embarcamos todos juntos. Llegamos á la isla de Rodas, en la cual se cria el árbol del alcanfor, siendo tan frondoso que pueden cobijarse cómodamente al rededor de su tronco cien hombres. Haciendo en el tronco una abertura, mana un jugo, el cual recogido en un vaso se endurece y forma el grano del alcanfor; en seguida el árbol se seca y muere.

Allí tambien se crian los rinocerontes, animales no tan grandes como el elefante y mayores que el búfalo: encima de la nariz tienen una asta muy larga, con tal fuerza que, peleando con un elefante le clavan por el vientre y le alzan á lo alto, llevándole sobre la cabeza. La sangre que corre de la herida le cae al rinoceronte sobre los ojos, le quema y le ciega, obligándole á caer en el suelo con su carga: en este momento llega el roc, los coje á entrambos con sus garras y se lo lleva á su nido para alimento de sus hijuelos.

Muchas mas particularidades hay en aquella isla, que no refiero por acortar mi narracion. Troqué allí muchos diamantes por mercancias de gran precio, y despues dirigiéndome á Balsora, volví á Bagdad. Principié de nuevo á disfrutar las inmensas riquezas que poseia, ganadas con tantos trabajos, y repartí gruesas sumas entre los pobres.

Hizo aquí punto Simbad á su segundo viaje, y mandando entregar cien zequies á Nadir le dijo: recoged ese dinero para atender á la subsistencia de vuestra familia, y con mucho agrado, le despidió hasta el dia siguiente para que volviese á escuchar las aventuras del tercero.

Olvidado ya de su miseria el mozo, acudió al dia siguiente al palacio de Simbad. Todos los convidados se sentaron á la mesa, en la que les sirvieron una espléndida comida, y cuando hubieron concluido el señor de la casa dirigiéndose á los circunstantes principió su relacion en la forma que sigue.



TERCER VIAJE.



Poco tiempo habia pasado entregado á los deleites de la vida, y ya en ellos habia perdido el recuerdo de los riesgos corridos en mis dos viajes. Estaba todavia en la flor de mi edad, y el ardor de la sangre me impulsaba á nuevos peligros. á mas estrañas aventuras. Desde Bagdad me dirijí otra vez á Balsora con ricas mercancias, y embarcándome con otros mercaderes, nada particular nos ocurrió enlos primeros dias.

Uno en que nos hallábamos en alta mar, fuimos sorprendidos por una terrible borrasca, y perdimos nuestro rumbo. Por algunos dias fuimos el juguete de las olas, y al fin salvándonos prodigiosamente, nos encontramos arrojados en una isla que ya el capitan conocia muy bien, y nos dijo: «Esta isla, como todas sus inmediatas, están habitadas por unos hombres muy velludos, que sin duda nos acometerán; pero es preciso que nosotros no les resistamos, pues aunque son enanos, es su número mas escesivo que el de las langostas, y en el momento que hiciésemos daño á uno de ellos caerian como una bandada sobre nosotros y nos sacrificarian.»

Estas palabras sobrecogieron á todos los pasageros, y creció nuestro temor cuando vimos aparecer una multitud de salvages asquerosos, que apenas tendrian tres pies de altura. Nuestro buque se hallaba anclado no muy lejos de la isla, y nosotros desde él, vimos echarse á nado aquellos hombrecillos, que al acercarse nos hablaban un lenguage que no entendiamos. Agarrándose á las jarcias, treparon sobre su cubierta con estraordinaria velocidad. Nosotros les dejamos hacer llenos de terror sin atrevernos á ponerles la menor resistencia. Soltando ellos las velas, dirigieron el rumbo hácia otra isla distante de la suya. Cuando llegamos allá, nos hicieron desembarcar á todos, y al momento ellos se volvieron con el buque hácia donde habian salido.

Encontrándanos en la isla solos y sin buque, nos internamos en ella,

persuadidos á que nos aguardaba una muerte próxima; sin embargo, encontramos diversas frutas sabrosas y comimos de ellas. Cansados ya de andar, descubrimos á lo lejos un edificio grandísimo y á él nos dirijimos. Lo primero que se presentó á nuestra vista fué un gran patio, y al frente un disforme aposento en que á un lado habia un monton de huesos humanos, y al otro muchísimos asadores. El terror que aquel espectáculo nos causó y el cansancio del camino, nos hizo caer al suelo, permaneciendo largo rato abismados en un terror mortal.

Principiaba el sol á ponerse, y de pronto se abrió una puerta con estruendo, apareciendo á nuestra vista un hombre negro muy alto, en cuya horrible frente chispeaban dos ascuas; de su boca salian unos terribles y puntiagudos dientes; el labio inferior le caia sobre la barba; las uñas eran disformes y encorvadas como de ave de rapiña. Todos quedamos petrificados al aspecto de tan formidable gigante.

Cuando recobramos nuestros sentidos, él estaba sentado mirándonos fijamente. Por fin alargó una mano, se dirigió á mí, me agarró por el pescuezo, y dándome vueltas para verme bien de alto á bajo, no encontrándome mas que huesos me arrojó lejos de sí. La misma operacion fué practicando con los demas, y llegando al capitan, que era el mas grueso de todos, le tomó en una mano como quien coge un pájaro, le atravesó á lo largo del cuerpo un asador, le puso sobre el fuego y despues de algunas vueltas se le comió. Concluida su brutal merienda, volvió á su aposento, se tendió y principió á roncar estrepitosamente, durmiendo hasta la madrugada. Nosotros no pudimos sosegar ni un instante, agitados por la mas cruel zozobra. Cuando el dia despuntó, salió el gigante del castillo, dejándonos á todos dentro.

Habiamos permanecido toda la noche en un sepulcral silencio, y así, cuando nos creimos libres de nuestro cruel enemigo, prorumpimos en espantosos alaridos. Aunque nosotros éramos muchos y solo teniamos un adversario, tal era nuestro terror, que á ninguno se le ocurrió librarnos de él dándole muerte. Largo rato estuvimos tratando del modo de ponernos á salvo; pero todos los medios que se nos ocurrieron, eran irrealizables: al fin convinimos en resignarnos con lo que Dios quisiera disponer de nosotros. Salimos á buscar frutas para comer; buscamos otro albergue donde pasar la noche, pero ninguno hallamos, y tuvimos que volver al castillo.

Cuando fué de noche vino el gigante y se cenó otro de nuestros compañeros; luego se durmió roncando como la noche anterior, y á la mañana salió como de costumbre. Tan horrorosa era nuestra situacion; que pensamos algunos en arrojarnos al mar; pero otros mas prudentes nos aconsejaron que de ninguna manera atentásemos contra nuestra existencia, ofendiendo asi á Dios; antes bien buscásemos un ardid para darle la muerte á nuestro feróz enemigo. Entonces me ocurrió á mí una idea, que co-

municándola á otro compañero, mereció su aprobacion y todos luego convinieron en ella. «Hermanos, les dije, construyamos algunas balsas con la mucha madera que hay en la playa, demos la muerte ó burlemos la vigilancia de ese mónstruo gigante, y huyamos de aquí en las balsas.» Todos aprobaron mi proposicion, y se construyeron inmediatamente las balsas para tres personas cada una.

Volvimos al castillo cuando fué de noche, y tuvimos el dolor de ver al gigante cenar otro de los nuestros. En seguida se tendió en el suelo y se durmió. En aquel momento diez de los mas atrevidos, siendo yo uno de ellos, pusimos cada uno su asador al fuego. Cuando las puntas ya estuvieron enrojecidas, rápidamente se las arrimamos á los ojos al gigante, vaciándoselos. El dolor que sintió aquel mónstruo le hizo lanzar un alarido que casi nos hizo caer aterrados. Se levantó y tendió los brazos en todas direcciones, principió á buscarnos furioso para vengarse; mas nosotros pudimos librarnos de entre sus manos y guarecernos en los rincones á donde su cuerpo no podia penetrar.

Andando á tientas encontró la puerta y salió, estremeciendo el recinto con rujidos espantosos. Corrimos nosotros al sitio en que teniamos las balsas, y aguardamos para embarcarnos á que fuera de dia. No bien despuntaba la aurora, divisamos á lo largo al gigante que venia hácia nosotros guiado por otros muchos tan mónstruos como él.

Inmediatamente nos echamos en las balsas, alejándonos á todo remo de la playa: los gigantes que nos vieron huir, corrieron hasta la orilla, y cogiendo grandes piedras nos las tiraron, con tal acierto, que todas las balsas, escepto la que yo ocupaba con otros dos compañeros, fueron deshechas, pereciendo los que iban en ellas. Los tres que nos habiamos felizmente librado, apuramos nuestras fuerzas y logramos vernos á salvo del furor de los gigantes.

Nos encontramos en alta mar, pasando todo el dia y la noche, siendo el juguete de las olas que, tirándonos de una parte á otra, amenazaban tragarnos. Dichosamente al otro dia nos vimos arrojados á otra isla y renació en nosotros la alegria. Principiamos á pasearnos y á comer de las frutas gustosísimas que encontramos, y en el camino vimos un árbol de enorme corpulencia y muy alto, en el cual resolvimos pasar la noche á salvo de las fieras que allí hubiese. Al anochecer trepamos al árbol, y apenas habiamos subido, nos estremeció el ruido espantoso que venia haciendo hácia el mismo sitio una disforme serpiente. Llegó, pues, al pie del árbol, se alzó á lo largo del tronco, y encontrando con mis compañeros que estaban mas bajos que yo, se los tragó instantáneamente y se volvió por donde habia venido.

En la mayor angustia pasé allí la noche, y al amanecer bajé á tierra, estremeciéndome al pensar que á la noche siguiente me aguardaba la suerte de mis dos compañeros. Tentacion tuve de arrojarme al mar;

pero el instinto de la propia conservacion me sujirió la idea de reunir muchas ramas con punzantes espinas, y colocándolas al rededor del árbol hasta una altura grandísima, formar una fortaleza en que resguardarme del feroz animal. Hícelo así, subiendo lo mas alto que pude á la caida de la tarde. Al ser de noche, apareció la serpiente junto al árbol, intentó subir, dió vueltas, olfateó, se desesperaba, y nada pudo conseguir, aunque pasó toda la noche en tentativas. Yo no me atreví á bajar hasta bien salido el sol, y entonces fatigado por la mala noche que habia pasado y desesperado de mejorar mi situacion, me decidí á poner fin á mis desgracias en lo profundo del mar. Con este pensamiento me dirijí á la playa, y en el momento de ir á consumar mi crimen, la mano de Dios me salvó, haciéndome distinguir algo lejos una embarcacion. Entonces principié á dar fuertes voces y hacer señas ajitando en el aire la tela de mi turbante. La tripulacion me vió, y echando al agua la lancha corrió en mi socorro. Cuando llegué á la nave todos me preguntaron asombrados por qué me hallaba en aquel sitio, y refiriéndoles yo mis aventuras, manifestaron un grande alborozo al verme salvo de tantos peligros. A porfía se afanaron por darme de comer de lo mejor que llevaban: continuaron su ruta, y llegamos á la isla de Salahat, en la cual se cria el sándalo, madera de muchísima utilidad en medicina y en las artes. Cuando los mercaderes principiaron á desembarcar sus mercancias, el capitan me llamó y me dijo: «Hermano, hace algun tiempo que navegando en mi buque un mercader, pereció, quedando en mi poder sus mercancías, las cuales he conservado y beneficiado en todos los puertos de mi tránsito, con ánimo de entregarlas ó su producto al que se me presente de su familia. Hoy he resuelto negociarlas, y á vos confio este asunto, del cual os cobrareis vuestras diligencias.» Le dí las gracias y acepté la comision. Al ir á entregarme los fardos, el comisionado del almacen preguntó á nombre de quién iban aquellos géneros que no tenian rótulo, y el capitan dijo: «Poned á nombre de Simbad el marino.» Grande fué mi sorpresa cuando oí mi nombre, y encarándome con el capitan reconocí en él al del buque donde salí á mi segundo viaje y que me abandonó dejándome en la isla, cuando me quedé dormido despues de comer. El á mí no me conoció porque creyéndome muerto no se habia fijado en mí. «Decís, capitan, que se llama Simbad el dueño de esos fardos? le pregunté.—Si, hermano, asi se llamaba; mercader de Bagdad se embarcó en Balsora: iba en mi buque, y un dia que llegamos á una isla, en el momento de hacernos de nuevo á la vela no advertí que faltaba él. Era el viento muy favorable y cuando se notó su falta en el buque ya estábamos muy distantes y era imposible volver á buscarle á la isla.—Segun eso habreis creido que murió? le dije.—Sin duda ninguna, me contestó.—Padeceis un error, capitan, repuse: miradme bien y reconoced á ese Simbad que dejásteis abandonado en la isla.» El capitan sorprendido se paró á mirarme y al fin me cono-

ció. «Me alegro, dijo abrazándome, que Dios me depare la ocasion de poner en vuestras manos estas mercancias, mejoradas por mí con el mayor cuidado.» Las recibí con todas las muestras del agradecimiento que me merecia el capitan, y á pocos dias partimos de nuevo en la nave, yendo á otra isla donde hice grandes acopios de clavo, canela y otras especias. Despues de una larga navegacion llegué finalmente á Balsora, regresando á Bagdad con tantas riquezas, que ni yo mismo sabia su valor. Distribuí entre los pobres considerable cantidad y aumenté las posesiones que de antes poseia.

Terminó aqui Simbad la narracion de su tercer viaje; mandó entregar cien zequies al mozo Nadir, y convidándole para el dia siguiente le despidió con su acostumbrado agasajo. Al dia inmediato volvieron á reunirse los convidados, comieron, y de sobre mesa principió Simbad á referir en estos términos las aventuras de su

CUARTO VIAJE.

Los riesgos que habia corrido en mis viajes, las muchas riquezas acumuladas en ellos, ni los placeres que disfrutaba en mi vida pacífica, pudieron retraerme de emprender otras nuevas aventuras. Arrebatado por el deseo de mas ganancias y de nuevos sucesos, hice acopios de diferentes mercancías y me dirijí á la Persia, donde me embarqué despues de atravesar diferentes provincias. Dando á la vela, tocamos en varios puertos y en muchas islas orientales. Un dia nos acometió en alta mar una terrible borrasca, y á pesar de las acertadas disposiciones del capitan, vino el buque á dar contra una roca estrellándose y pereciendo muchos de los pasageros con todo el cargamento.

Yo, que felizmente pude agarrarme á una tabla, me salvé con otros compañeros, llevándonos la corriente á una isla, medio muertos de hambre y de fatiga. Sin cuidarnos de nuestra suerte, nos tendimos en el suelo y pasamos asi la noche, hasta que á la mañana nos internamos en la isla despues de muy salido el sol. Poco habiamos andado cuando descubrimos algunas habitaciones; nos acercamos á ellas, y al momento nos rodearon muchos negros, los cuales apoderándose de nosotros, hicieron un reparto y nos llevaron á sus casas, cada cual los que le habiamos tocado.

Tres compañeros y yo fuimos á un mismo sitio; nos mandaron sentar y nos presentaron una yerba diciéndonos por señas que comiésemos de ella. Yo desde luego recelé que no hubiese buena intencion en los que la ofrecian, y no quise probarla; pero mis compañeros se dejaron llevar del hambre que les acosaba, y comieron de ella con avidez. Poco tiempo se habia pasado y ya manifestaron mis compañeros que habian perdido el juicio y hablaban desatinadamente. Nos presentaron en seguida una gran cantidad de arroz cocido con mucha grasa, y tampoco yo hice mas que probarlo.

La intencion de los negros al darnos la yerba, era que se nos trastornase la cabeza y no conociésemos lo triste de nuestra situacion, á fin de que el pesar no nos impidiera engordar con el arroz sustancioso que diariamente comíamos. Su deseo de engordarnos era para despues comernos. El ser yo mas suspicaz que mis compañeros me valió el conservar la vida; pues ellos fueron devorados, y yo con la tristeza cada dia fuí poniéndome mas flaco, sirviendo esto para que los negros aplazasen mi muerte para cuando estuviese mejor.

Me daban mucha libertad y hacian poco caso de mis acciones, con lo cual decidí un dia fugarme de su lado. En el momento de verificarlo, un anciano que me vió marchar, principió á vocearme fuertemente; mas yo entonces redoblé la carrera y desaparecí de su vista. Yo tenia la seguridad de que todos los negros estaban fuera de sus casas y segun costumbre no debian volver hasta la noche, y así caminé todo el dia, paránbome solo un breve rato de noche á descansar y tomar un poco de alimento, prosiguiendo luego mi viaje siete dias seguidos, buscando siempre los despoblados. Llegué á la orilla del mar al octavo dia y distinguí muchos hombres blancos recojiendo pimienta, de que habia gran abundancia en aquel sitio. No tuve recelo alguno en acercarme al ver su ocupacion, y en efecto, ellos al instante que me vieron salieron á mi encuentro y me hablaron en árabe. Al oir el idioma mio, recibí gran contento y les hice una ligera, pero exacta relacion de mi aventura, quedando ellos muy admirados.

Cuando concluyeron de recojer la pimienta, me embarqué con ellos, dirijiéndome á la isla de que habian salido. Fuí presentado á su rey, el cual me pareció desde luego muy bondadoso; y refiriéndole mis aventuras, quedó admirado de ellas. Mandó que me diesen otros vestidos y encargó que me cuidasen con particular esmero.

Los frutos en abundancia y sabrosos de la isla y su buena poblacion, junto con los agasajos que diariamente me hacia el príncipe, hicieron insensiblemente que yo me aficionase al pais aquel, olvidándome de que me hallaba en tierra estraña.

Un dia de los muchos que yo concurria á palacio, me dijo el rey: «Simbad, tanto es el cariño que te profeso, que quisiera retenerte

para siempre á mi lado; y á fin de lograrlo, he pensado en un medio, confiado en que has de hacerme la fineza de no oponerte á él.—Pronto estoy, señor, le respondí, á obedecer lo que vuestra magestad se digne ordenarme.—Quiero casarte, prosiguió el rey, con una dama de las principales de mi córte.» Yo no supe replicar al príncipe, y la boda se realizó, tomando por esposa una señora noble, virtuosa, hermosa y rica. Pasé algun tiempo á su lado saboreando las delicias de un esposo feliz; pero siempre fijo en mi pensamiento el designio de escaparme y volver á mi casa de Bagdad.

Con tales intentos, buscaba yo una coyuntura favorable. Cayó enferma y murió la mujer de uno con quien yo habia contraido amistad estrecha. Tratando yo de consolarle, fuí á verle, y le hallé sumido en la mas honda desesperacion, y á mis primeras palabras contestó: ¡Ay amigo! cómo juzgais fácil que yo adquiera tranquilidad, sabiendo que solo me resta una hora de vida? No penseis tan aciagamente, repuse yo; confiad en el cielo que prolongará vuestros dias y os dará prosperidades, en las cuales tendré el placer de acompañaros.—Quiera Dios concederos á vos todo el bien que me deseais, y que yo no puedo disfrutar: dentro de una hora me enterrarán con mi muger: es costumbre de este pais, que cuando una muger muere sea el marido enterrado con ella, y si la muger enviuda, entra viva en la sepultura con su marido; esta es una ley de que nadie puede salvarme.

Horrorizado quedé al oir tan cruel costumbre. En el momento llegaron los parientes que debian verificar las exéquias: adornaron el cadáver con el vestido mas lujoso que tenia y preciosísimas joyas. Concluida esta primer ceremonia, la comitiva se puso en marcha, llevando el ataud descubierto y presidiendo el duelo el marido.

Llegaron á un cerro donde habia un gran pozo; alzaron la losa que cubria la entrada, y en él metieron el cadáver. Entonces el marido abrazó estrechamente á los parientes y amigos, y entrando en otro ataud en que pusieron un cántaro con agua y siete panes, fué él tambien bajado al pozo, quedando puesta otra vez la piedra de la entrada.

Gran sensacion me causó el presenciar semejantes funerales, que todas las demás personas del concurso vieron con la mayor serenidad. Volví desde allí á palacio y hablándole al rey le dije: «Señor, permitidme que os hable acerca de la cruel costumbre de vuestros Estados, de dar sepultura á los vivos con los muertos. En lo mucho que tengo viajado, jamás he visto un pais donde se practique tan inhumana ley.—Simbad, me respondió él, esa es una ley tan inviolable, que ni yo mismo puedo eximirme de ella.—Y los estranjeros, señor, proseguí, ¿están obligados tambien á ella?—Qué duda tiene, contestó el rey Están obligados habiéndose casado dentro de la isla.

Considerad, señores, cuánto me afligiria esta noticia. Volví á mi

casa en la mayor angustia, temiendo á cada instante por la vida de mi muger. Por fin, hube de abandonarme á la voluntad de Dios, y esta no tardó en manifestarse. Cayó mi muger enferma y en pocos dias murió. Cuál seria mi desconsuelo cuando me hallé que, temiendo ser devorado por antropófagos habia venido á ser enterrado vivo. Ningun medio habia de librarme. Quiso el rey honrarme asistiendo á mi entierro acompañado de toda su córte. Llegó la hora y ataviada mi muger como para la boda, emprendimos la marcha, yendo yo anegado en llanto. En el camino intenté ver si lograria de los circunstantes alguna compasion, y echándome á los pies del rey, tocando al suelo besé el estremo de sus vestidos, pidiendo á los de la comitiva tuviesen compasion de mí: les rogué que considerasen que siendo yo estranjero y teniendo en mi pais otra muger é hijos, debia ser esceptuado de tan horrorosa ley. Nadie se apiadó de mis palabras; continuamos la marcha, y estando á la orilla del pozo bajaron á mi muger, haciendo lo mismo conmigo en otro ataud con el cantarillo y los siete panes.

Cuando llegué al fondo del subterráneo, pude distinguir á la escasa luz que bajaba de lo alto, que aquello era una estensa cueva. El edor de los cadáveres que allí habia principió á trastornarme, y oí algunos ahogados lamentos de los últimos que habian bajado vivos. Reuní entonces mis fuerzas y salí del ataud, alejándome del punto en que estaban los cadáveres. Poniéndose entonces delante de mi vista todo el horror de la situacion, me tendí en el suelo, y deshaciéndome en llanto, esclamaba: ¡Infeliz de mí! No me hubiera sido mejor perecer en alguno de mis anteriores peligros, y no morir ahora en la mas rabiosa desesperacion: Qué muerte tan lenta y penosa me aguarda! Oh perversa codicia, dónde me has arrastrado! Qué necesidad tenia yo de salir de mi casa donde disfrutaba con sosiego el producto de mis afanes?

Largo rato permanecí desesperado y quise poner fin á mi existencia golpeándome la cabeza en el suelo; mas luego se apoderó de mí un nuevo deseo de prolongar mis dias, y dirigiéndome á tientas al sitio de mi ataud, tomé los panes y el agua, con los cuales pude vivir algunos dias. Ya se habian concluido mis provisiones, ya solo me aguardaba la muerte, cuando bajaron otro cadáver y otra persona viva. Esta era una muger, y sin reflexionar yo entonces que para conservar mi existencia iba á cometer un crímen, descargué sobre la infeliz varios golpes con un hueso que cojí, haciéndola morir prontamente. Me apoderé del pan y el agua que habia bajado en su ataud, y ya tuve para unos dias. En este tiempo bajaron otra difunta y otro vivo, hice lo mismo, y así proseguí teniendo alimento para muchos dias, pues por fortuna para mí, fué grande la mortandad que hubo en la ciudad.

Maté á una muger un dia, y en el acto de concluir mi sacrificio sentí pasos y oí como respirar: volví la cabeza sobresaltado al sitio donde

habia oido el ruido, y me pareció que un bulto se alejaba. En efecto, seguí tras de aquella sombra y ella prosiguió huyendo. Continuando yo en su persecucion, llegué muy lejos y divisé todavia mas allá una ráfaga de luz. Animado con tal descubrimiento apresuré mi paso, y al fin pude ver claramente que habia entre dos peñas una hendidura por la cual bien cabia una persona. Me detuve un momento sorprendido y dudando si me arriesgaria á llegar: por fin lo hice asi, pasé por la abertura y me ví á la orilla del mar. Es difícil de espresar el gozo que recibí entonces. Fácilmente comprendí que algun animal marino acostumbraria entrar por la hendidura para comerse los cadáveres, y aquello seria el bulto que yo habia perseguido.

Reconocí bien el terreno y encontré que las peñas en aquella parte se elevaban á tal altura y eran tan escarpadas, que no podia ser el bajar por ellas. Arrodillado alcé las manos y los ojos al cielo, dando gracias al Criador por el beneficio que acababa de dispensarme, y dirijiéndome otra vez á la cueva, recojí todas las alhajas, telas y prendas de mayor valor que pude hallar en los ataudes, y conduciéndolo á la playa, con las cuerdas que habian sido bajados los ataudes, até los muchos lios que hice, para esperar ocasion favorable en que poder salir de allí.

Dos ó tres dias despues alcancé á ver un bajel que cruzaba no muy distante. Dando voces y haciendo señas logré que me viesen los marineros. Cuando se acercaron quisieron saber cómo era que me hallaba en aquel sitio, y yo les dije que habia naufragado dos dias antes: logrando salvarme con las mercancías que llevaba. Los marineros no se cuidaron de si era ó no posible lo que yo les decia y me recibieron con los lios en su embarcacion. Siguieron su rumbo y abordamos en varios puertos é islas, y entre otras tocamos á la llamada de Serendik, que es la mas apartada de aquel archipiélago. En ella hay muchas minas de ricos metales y piedras preciosas, así como abundancia de plantas medicinales, pero nos detuvimos poco en ella por que sus habitantes odian á los estrangeros, y son tan sumamente bárbaros, que hasta comen carne humana. De allí pasamos á la isla de Kela, muy poblada y riquísima. En ella hice muy buen negocio con mis fardos, volví á embarcarme y tuve la dicha de verme otra vez en el puerto de Bagdad con innumerables riquezas.

Hice muchas limosnas á los pobres, dí grandes cantidades á diferentes mezquitas, y nuevamente principié á gastar alegremente con mis antiguos amigos.

Concluyó Simbad la historia de su cuarto viaje, mas interesante que las anteriores, y regalando á Nadir como en los otros dias cien zequies, le encargó mucho que no faltase al dia siguiente para que, acompañándole á la mesa con sus amigos, oyese la narracion del quinto viaje.

Lo mismo que los otros dias comieron alegremente los convidados de Simbad, y despues tomó este la palabra diciendo así:

QUINTO VIAJE.

La memoria de mis pasados peligros se borró con los goces de mi vida alegre, y se disiparon los propósitos que habia hecho de no esponerme á otros nuevos. Ansiaba el emprender mas viajes, y comprando mercancías en gran cantidad, fuí con ellas á un puerto de mar, y queriendo campear por mi sola voluntad sin depender de patrones, hice construir un buque á mi gusto. Cuando le tuve concluido cargué mis mercancías y admití en él á otros mercaderes, haciéndolo á la vela en cuanto se presentó viento favorable.

Fué muy larga la navegacion, y al fin tocamos en una isla desierta, donde lo primero que se presentó á nuestra vista fué un enorme huevo de roc, parecido al que yo habia encontrado en mi segundo viaje. Ya estaba el polluelo próximo á salir del huevo y asomaba su pico por el cascaron; los mercaderes que me acompañaban, rompieron con una hacha el huevo, y haciendo pedazos al roc le asaron. Yo me opuse desde luego á su atentado, diciéndoles que corrian graves riesgos en ello; pero no hicieron caso de mis palabras. Pusiéronse á comer el ave asada y no bien habian concluido, aparecieron á larga distancia de nosotros dos nubarrones terribles. El capitan que yo llevaba en mi buque, sabia ya por esperiencia lo que aquello era, y prorumpió á grandes voces diciendo que venian los padres del roc y que sin pérdida de tiempo nos embarcásemos, pues de otro modo corríamos un grande riesgo. Inmediatamente hicimos lo que nos aconsejaba, volviendo á la mar.

Cuando la pareja del roc se acercó principió á dar espantosos alaridos y creció de punto su furor al ver el huevo destrozado y que no estaba en él su hijuelo. Fácilmente se conoció que intentaban vengarse y volvieron á volar hácia la parte de donde venian. Desaparecieron de nuestra vista y nosotros rápidamente desplegamos las velas para huir del peligro que nos amenazaba.

Poco tiempo tardamos en distinguirlos otra vez en lo alto, que venian

trayendo en sus garras cada uno un disforme peñasco. Llegaron prontamente á ponerse sobre nuestro buque y entonces uno de ellos dejó caer á plomo el peñasco que traia; pero afortunadamente supo el piloto virar con maestria, y la peña no cayó encima, sino á un lado haciendo abrirse hasta el fondo el agua del mar. En el instante de aquel gran movimiento de las aguas, apareció en la superficie un colosal mónstruo marítimo, el cual abriendo su boca descomunal nos hizo creer que iba á tragarnos; mas en seguida volvió á ocultarse. El segundo roc tambien soltó la peña que traia, y lo hizo con tal acierto, que cayendo en medio de la nave, abrió el casco en dos partes, aplastando á la mayor parte de los pasageros, y los demás, siendo yo uno de ellos, fuimos sumerjidos. Tan luego como toqué el fondo de las aguas, pude felizmente volver á la superficie y agarrarme á una tabla. Fluctuando sobre las olas conseguí llegar á una isla, y aunque con grandísima dificultad, me ví en salvo. Sentándome sobre la yerba para descansar de mi gran fatiga, comí de diferentes frutas que hallé á mano, sumamente sabrosas. Luego me levanté y reconocí el terreno, que me pareció muy delicioso.

Seguí adelantándome á lo interior de la isla y en mi camino encontré un anciano sentado á la orilla de un arroyo, y en el momento me imaginé que seria un desgraciado náufrago como yo. Le saludé y solo recibí por respuesta una cabezada. Preguntándole yo qué hacia y quién era, me respondió haciéndome señas de que lo tomase á hombros y le pasase al otro lado del rio. Compadecido yo, ninguna resistencia hice, y tomándole sobre mis espaldas, atravesé la corriente. Cuando estuve al otro lado le dije que se bajase, pero él en vez de hacerlo así, cruzó fuertemente sns piernas al rededor de mi cuello, y á pesar de haberme parecido un anciano tan débil, apretaba mi garganta de modo que creí quedar ahogado. Caí al suelo desmayado; mas el nunca se soltó de mí, aflojando solamente un poco las piernas para que yo tomase algun aliento. Cuando recobré mi sentido, apretaba fuertemente uno de sus pies contra mi pecho, y con el otro golpeándome en el costado, me obligó á levantarme prontamente y que anduviese por debajo de los árboles para él cojer las frutas y comerlas. Así me tuvo un dia y otro y otro, sin soltarme jamás el anciano, siempre agarrado á mi pescuezo, aflojando solamente un poco de noche cuando me tendia en el suelo para descansar. Apenas era de dia me golpeaba con sus pies y hacia que me levantase y anduviese todo el dia. Inútil es decir cuánto sufriria yo al verme aprisionado de aquel modo, sin poderme quitar de encima semejante carga.

Un dia encontré muchas calabazas secas en el suelo, cojí una y la llené con el jugo de uvas, que abundaban en aquella isla. Dejé la calabaza con el vino en el hueco de un tronco, y pasados algunos dias volví por allí y bebí un licor tan escelente, que por un rato me hizo olvidar de mi amarga situacion, trastornándome la cabeza, de modo que segun iba

caminando principié á cantar y saltar. Cuando el anciano advirtió el efecto que me habia producido aquella bebida, quiso tambien probarla é indicó por señas que le diese de ella. Tomó la calabaza, la llegó á su boca y encontrando delicioso el licor, bebió hasta que no dejó gota. Entonces principió á manifestar que los vapores del vino se le subian á la cabeza, cantando ridículamente y meneándose sobre mis hombros. Poco á poco fueron aflojándose sus piernas, y al momento que me ví libre de ellas el cuello, le tiré al suelo, cayendo embriagado completamente. Cojí prontamente una gruesa piedra y le machaqué la cabeza.

Libre ya del viejo importuno y cruel, me dirijí hácia el mar con grande alegria, y esta se aumentó al encontrarme allí algunos marineros que acababan de llegar y hacian descanso. Me acerqué á ellos, les referí mi aventura y quedaron admirados de hallarme con vida; pues habia dado con el Viejo de la mar, y me dijeron ser yo el primero á quien no habia ahogado. «A los que lograba cojer, añadieron, nunca los soltaba sino despues de haberlos ahogado, siendo innumerables, las víctimas que tiene sacrificadas; por lo cual siempre que se hace algun desembarco en esta isla, una persona sola nunca se atreve á internarse, sino muchas juntas.»

Concluyeron su relacion y me embarcaron con ellos, fondeando el buque al cabo de algunos dias en el puerto de una gran ciudad. Hice amistad durante aquel viaje con uno de los marineros, el cual me llevó á una casa de hospedaje; me dieron un saco grande, me recomendó á otros hombres que tambien tenian sacos iguales al mio, y les dijo que me llevasen con ellos á cojer cocos.

Bien provisto de víveres para todo el dia, fuí con aquellos hombres á un estenso bosque poblado de árboles tan estremadamente altos y tan recto su tronco, que parecia imposible poder cojer su fruto, que era el coco. Al internarnos en el bosque vimos correr precipitadamente y subirse á los árboles con ajilidad asombrosa, una multitud de monos. Los hombres que iban conmigo principiaron á cojer piedras y tirarlas contra los monos á lo alto de los árboles y yo hice como ellos. Los monos al tirarles las piedras iban cojiendo los cocos y nos los tiraban con demostraciones de enojo. Proseguiamos nosotros en tirarles piedras y ellos en contestar tirándonos cocos, de los cuales pudimos llenar nuestros sacos en breve tiempo.

Concluida nuestra faena volvimos á la ciudad, y el mercader que me habia dado el saco para ir al bosque me pagó el valor de los cocos que yo llevaba, mandándome que los dias siguientes volviese al bosque para el mismo trabajo, hasta que con el producto hubiese reunido lo suficiente para poderme volver á mi pais. Agradeciendo como era regular su consejo, hice lo que me decia, y fuí acopiando una gran cantidad de cocos. Entre tanto se marchó el buque donde yo habia ido á la ciudad, y tuve que aguardar la ocasion en que otro se disponia para salir. Cuando estuvo

dispuesto á recibir cargamento, mandé embarcar en él todos los cocos que tenia reunidos, y despidéindome de aquel amigo, partí hácia una isla muy abundante de canela. Luego pasé á la isla de Comari, donde se cria la mas escelente madera de aloe. Cambié mis cocos por los dos frutos privilegiados de estas islas, y asociado con otros mercaderes salí á la pesca de las perlas, llevando buzos costeados por mi cuenta. Cargado con gran cantidad de perlas gruesísimas volví á emprender la navegacion, llegando por quinta vez felizmente á Bagdad, en donde me enriquecí considerablemente vendiendo la canela la madera de aloe y las perlas que traia. No me olvidé de distribuir en limosnas una cantidad proporcionada á mis ganancias, y resolví disfrutar el resto con tranquilidad en medio de mis amigos.

Así concluyó Simbad de referir lo acaecido en su quinto viaje, y dando á Nadir el diario de los cien zequies, le convidó á comer tambien para el dia siguiente. Como es de suponer, no faltó el mandadero á la hora dada, ni tampoco los demas convidados, y luego que se hubieron regalado con esquisitos manjares, pidió Simbad que le prestasen atencion al relato de su

SESTO VIAJE.

Sin duda ninguna, señores, les dijo, os imaginareis que despues de haber hecho cinco viajes en que tan graves riesgos corrí, despues de tantos propósitos de no volver á salir de mi casa, ya el que hice cuando volví con las perlas, fuera el último. No podreis concebir cómo habia de arriesgarme sesta vez á nuevos peligros; yo mismo no lo comprendo cuando lo reflexiono; pero es lo cierto que al cabo de un año de quietud me decidí á emprender otro viaje, sin atender á los ruegos de mis parientes y amigos.

Esta vez me dirijí atravesando muchas provincias de la India, y en un puerto de mar muy distante me embarqué en un buque dispuesto para una larga navegacion. Viajamos dias y dias, meses y meses, y nunca veiamos el término. El capitan y el piloto perdieron el rumbo y no sabian dónde nos hallábamos. Por fin llegaron á conocerlo; mas fué para llenarnos de consternacion á cuantos ibamos en el buque, pues el capitan como un furioso principió á dar espantosos alaridos.

Preguntándole por qué hacia tales demostraciones, nos contestó: «Señores, no puedo menos de anunciaros que nos hallamos en el sitio mas peligroso del mar; el buque arrebatado por una rapidísima corriente, nos conduce sin remedio á perecer antes de un cuarto de hora.» Mandó inmediatamente recojer velas y las cuerdas se rompieron en la maniobra. Vimos entonces con horror que se precipitaba el buque hácia un monte, y prontamente se estrelló contra las peñas, salvando nuestras vidas antes que se sumergiera completamente, y desembarcando con los víveres y las mercancias de mas valor.

En cuanto estuvimos en tierra, nos dijo el capitan: La mano de Dios nos ha conducido á donde ha sido su voluntad. Ocupémonos sin tardanza en darnos el último adios y dispongamos nuestras sepulturas; pues el sitio en que nos hallamos es tal, que no hay ejemplar de haber salido de él ninguna persona que le ha pisado. Desgarrados nuestros corazones, todos nos abrazamos y principiamos á lamentar nuestra desgracia. Volvimos la vista por todas partes, y vimos todo el suelo cubierto de los despojos de muchas embarcaciones que habian naufragado antes que la nuestra, y multitud de huesos humanos, que indicaban haber perecido allí muchísimas gentes. Sabido es, señores, que los rios corren siempre á desembocar al mar; pues bien, allí sucedia lo contrario con un rio caudaloso que, saliendo por entre unas peñas, corria con rapidez alejándose del mar, y se ocultaba en lo interior de una cueva. Todo el monte se formaba de cristal, rubíes y piedras preciosas. Las orillas del rio en vez de arenas eran formadas por un preciosísimo ámbar gris, el cual era despedido allí por las aguas de un manantial cuya corriente, siendo de una especie de resina, los muchos peces que contiene, despues de tragarla volvian á echarla convertida en el ámbar.

A la cumbre del monte no era posible subir, por lo resbaladizo y lo erizado de sus puntas: el alejarnos de aquel sitio, tampoco podia ser por estar cercado de precipicios; conque no tuvimos mas remedio que permanecer en la playa, esperando un dia y otro nuestra muerte desastrada. Repartimos en comun los víveres que teníamos, y así pudimos vivir muchos dias, pero ya los alimentos fueron faltando y principiaron á morirse los compañeros mas débiles. Fuímoslos dando sepultura, y yo sobreviví á todos los demas; lo cual fué debido á que supe economizar mejor que otros las provisiones que me habian tocado y además tenia otras que habia podido ocultar. Llegó por fin el dia en que tambien yo veia el término de mis víveres, los cuales por mucho que los estirase, anunciaban ser corta mi existencia. Con ánimo de tenderme yo mismo en mi sepultura el dia que se me concluyese el alimento, abrí en la tierra una huesa; pero Dios que tenia piedad de mí, hizo que dirijiese mis pasos como maquinalmente hácia el rio que se ocultaba en la cueva. Largo rato estuve meditando allí á la orilla, y concluí por decir entre mí: precisa-

mente debe salir por alguna parte este rio que se resbala por entre estas peñas. Si yo construyo una balsa y me abandono á la corriente del agua, llegaré á otras tierras tal vez mejores que esta, ó sino acabaré con la empresa mi vida: si esto me sucede, nada mas habré hecho que cambiar el género de muerte que aquí de seguro me aguarda; y si afortunadamente logro salir de esta tierra fatal, podré llegar tal vez á donde el Cielo me tenga reservadas tales prosperidades, que me indemnicen de mi naufragio. Halagado con esta idea, cojí gruesos maderos y formé una balsa. Concluida ya, la cargué con muchos fardos de rubíes, ámbar y diferentes piedras preciosas. Tomé dos pequeños remos, equilibré perfectamente la carga de la balsa, y me abandoné á la corriente del rio, poniendo mi esperanza en Dios.

Pronto me hallé dentro de la cueva, sin ver ni el mas pequeño resquicio de luz; seguia corriendo sobre las aguas, y no podia saber adonde me encaminaba. Por la duracion del tiempo conocí que llevaba corriendo algunos dias, y en algunos parages era la bóveda tan baja, que muchas veces estuve á punto de dejar la cabeza en las rocas; pero me tendí cuanto pude sobre la balsa y logré salvar aquel peligro. Las provisiones que me restaban al emprender mi marcha, se concluyeron, y la primera vez que tuve necesidad de alimento, sin saber yo por qué, se apoderó de mí un sueño suave, quedándome profundamente dormido. Ignoro cuánto tiempo estuve durmiendo; solo se que al despertar me hallé con el mayor asombro en una deliciosa campiña que bañaba un caudaloso rio. A la orilla estaba mi balsa atada, y á mí me rodeaban muchos negros. Al despertar me hablaron; pero yo no pude comprender su lenguaje. Arrebatado de gozo al verme en aquel sitio, me levanté prontamente y alzando las manos al Cielo esclamé, recitando estos versos arábigos: *Si á la omnipotencia invocas, acudirá en tu auxilio. Si en Dios pones tu corazon al dormirte, cuando despiertes habrá cambiado tu suerte de mala en buena.*

Uno de aquellos negros entendia el árabe y cuando me oyó hablar me dijo: «Hermano, nosotros somos habitantes de esta campiña. Hoy habiamos venido como otros muchos dias á regar nuestros plantíos con las aguas de ese rio que sale del monte inmediato, y advertimos que venia sobre la corriente un bulto: uno de nosotros se arrojó al rio, y nadando consiguió agarrar la balsa y traerla á la orilla: la hemos atado y aguardábamos á que os despertáseis. Decidnos de dónde venís; pues ignoramos en qué sitio principia este rio.» Le dije que me diese de comer, porque no podia tenerme de necesidad, y despues contestaria á sus preguntas. Hízolo así como yo lo pedia, y despues que comí con gran apetito diferentes manjares que me presentaron, les referí exactamente cuanto me habia ocurrido, escuchándome primero el intérprete y luego diciéndolo él á los demas, quienes quedaron sumamente sorprendidos, y convinieron en que tan estraordinaria historia merecia ser contada por mí mismo á su rey.

Entonces me presentaron un caballo magnífico, diciéndome que montase, cargaron con la balsa los mas robustos, llevándola con los fardos que contenia, nos pusimos en camino, y llegando á la ciudad de Serendib, me presentaron á su rey. Llegué á los pies del trono, y postrándome ante el rey, besé la tierra, segun la costumbre de las Indias. El príncipe con la mayor afabilidad me mandó levantar y me preguntó por qué casualidad habia llegado á sus Estados. Yo le referí minuciosamente mi aventura, y quedó tan admirado de ella, que dió inmediatamente órden para que la escribieran en letras de oro, á fin de conservarla en los archivos de su real palacio. Pidió que le presentasen la balsa, y á su presencia fueron abiertos los fardos, causándole mucho asombro la gran cantidad de ámbar, y sobre todo las esmeraldas y los rubíes.

Conociendo yo lo prendado que se hallaba el monarca de tales preciosidades, postrándome á sus pies le dije: «Señor, os ruego dispongais de mi persona y de cuanto me pertenece.» A estas palabras me contestó sonriéndose. «Muy osado seria yo si tocase á nada de lo que Dios ha querido daros; en vez de quitaros cosa alguna, quiero que al salir de mis Estados lleveis pruebas de mi liberalidad, aumentando vuestras riquezas.» El gozo embargó mi voz, y solo pude contestarle con muy cortas palabras deseándole prosperidad para su reino y felicidades en su persona.

Era tan justo aquel monarca, tan exactos sus pueblos en el cumplimiento de sus deberes y la observancia de las leyes, que sin tribunales ni magistrados vivian en una paz envidiable. Situada la isla bajo la línea equinoccial, son allí los dias y las noches siempre de doce horas. La campiña es fertilísima, coronada por un monte cuyas peñas son de esmeril, en el valle se crian rarísimas plantas, abundantes frutos, y especialmente el cedro y el ébano. Por devocion hice un viage al monte adonde Adan fué desterrado cuando salió del paraiso terrenal, y subí hasta la cumbre. Volví á la ciudad y al rey le manifesté mis deseos de volver á mi pais, y el monarca bondadoso accedió prontamente á ello, disponiendo que me fuese entregado un rico presente. Llegó el dia de mi partida y fuí á despedirme del príncipe, quien puso en mis manos otro regalo de gran cuantía y una carta para nuestro soberano, encargándome mucho, que aquel presente y la carta lo entregase de parte suya al califa Harun, asegurándole su amistad: Yo le prometí cumplir fielmente sus órdenes y me despedí respetuosamente.

La carta del rey de Serendib, escrita con preciosísimos caractéres de oro en finísima vitela, contenía en lengua india las siguientes palabras:

«Yo el rey de las Indias, cuyos pasos preceden mil elefantes, sobre cuya cabeza chispean en dorados techos mas de cien mil rubíes, y cuyas sienes ciñe la mas preciosa corona engastada con veinte mil diamantes, á mi muy caro hermano el califa Harun, salud.

«Aunque no sea cual mereceis el presente que os enviamos, no rehu-

seis aceptarlo, solo en atencion á la sinceridad con que os ama nuestro corazon como hermano y amigo, de lo cual nos complacemos en daros un testimonio. En retribucion os pedimos nos concedais un lugar en el vuestro, á lo cual creemos poder aspirar, siendo de una categoría igual á la que os realza.—Alá os guarde. etc.»

Consistia el regalo en un vaso hecho de un rubí en una pieza, su forma era la de una copa. Iba acompañado de una piel rarísima de serpiente, la cual tenia la propiedad de curar las enfermedades á quien se acostase sobre ella. Tambien iban algunos aderezos construidos con arte prolijo y otras preciosidades, acompañando á todo esto una hermosísima esclava, vestida ricamente y dornada con muchas piedras preciosas.

Se aprestó el buque para mi marcha y se hizo á la vela, llegando á Balsora despues de una larga navegacion. Desembarcamos felizmente y desde allí pasé á Bagdad, cumpliendo inmediatamente que llegué, con el encargo que traia del príncipe de Serendib. Acompañado de muchos criados llevando los regalos, me presenté en palacio sin detencion, llegando hasta el trono del califa. Despues de saludarle respetuosamente como es de costumbre, le hice una ligera esplicacion del objeto de mi mensaje y le presenté la carta con los regalos. Muy contento el califa con lo que oyó de mi boca, me despidió favoreciéndome con un regalo de inmenso valor, y volví á mi casa satisfecho del resultado de mi sesto viaje.

Habiendo concluido Simbad su narracion, despidió á sus convidados, dando cien zequies á Nadir, y este salió tan contento como en los dias anteriores. Cuando al siguiente llegó la hora de tomar la palabra Simbad, despues de comer, dijo así á sus convidados:

SÉTIMO Y ÚLTIMO VIAJE.



Aunque despues de mi sesto viaje habia hecho el firme propósito de no emprender ningun otro, el Cielo me reservaba todavía mas aventuras. Yo por mi edad y por mis trabajos necesitaba ya del reposo, y luego teniendo siempre viva memoria de tantos riesgos á que me habia espuesto, solo pensaba en la imaginacion la disfrutar alegremente las numerosas riquezas que el Cielo me habia dado.

Estaba aun compartiendo mis placeres con unos amigos, y un criado entró avisándome de que deseaba hablarme un emisario del califa. Dejé al punto la mesa y salí á ver al oficial preguntándole qué me queria, y me dijo: «El califa mi señor, quiere hablaros.» Fuí con el oficial á palacio, y llegando á los pies del príncipe, luego que le saludé respetuosamente, me dijo: «Simbad, teneis que hacerme un servicio de importancia. Quiero que vayais á la córte de Serendib y le lleveis al rey la respuesta de su carta y mis regalos. La ingratitud es el peor defecto de un hombre bien nacido, y líbreme Dios de semejante falta con quien procede conmigo cortésmente.»

No fué de mi agrado la órden del califa; pero sin embargo hube de aparentar complacencia y le dije: «Caudillo de los creyentes, pronto me tiene V. M. á ejecutar cuanto se dignare ordenarme: solamente le ruego tenga en consideracion lo fatigado que me tienen las muchas vicisitudes que llevo sufridas en mis largos viajes, por cuya causa tenia hecho propósito de no volver á salir de Bagdad.» El califa me pidió entonces que le refiriese la historia de mis viajes, y yo le obedecí, sin omitir ni el mas leve suceso de mis aventuras.

Concluida mi relacion, el califa me dijo: «Son estraordinarios por cierto tales acontecimientos; pero si es sincero vuestro amor hácia mí, no deben retraeros de emprender el viaje que yo ahora os encargo; pues bien veis cuánto hago en confiar á vuestro acierto el desempeño de una deuda con el rey de esa isla, que si dejase yo de cumplirla seria impropio de mi decoro y mi dignidad.» Manifestada la voluntad del califa de un modo tan esplícito, era imposible rehusar por mas tiempo su cumplimiento, y le contesté que dispuesto me tenia á obedecerle. Recibió gran complacencia el califa con mi respuesta y dió órden de que me fuesen entregados mil zequies para el viaje.

Pocos dias bastaron para quedar dispuesto lo necesario á mi marcha, y despues de recibir los regalos que enviaba el califa y una carta escrita por su mano, salí para Balsora y me embarqué allí. Próspera y corta fué mi navegacion. Llegué á la isla Serendib y presentándome á los ministros del rey les manifesté el objeto de mi embajada: ellos me condujeron al palacio, y cuando estuve delante del príncipe, le presenté la carta y los regalos del califa, recibiéndolos aquel señor con muestras de gran satisfaccion.

Los presentes que le hacia el califa consistian en una cama completa de brocado que valia mas de mil zequies; otra de riquísimo damasco, cien vestidos completos de telas esquisitas de lo mejor que se halla en el Cairo, Suez y Alejandría; un preciosísimo vaso de ágata, labrado con el mayor primor, teniendo en su tallado la figura de un hombre arrodillado, disparando á un leon una flecha; y por último una mesa de gran valor y esmerada construccion, la cual segun tradiciones del pais

perteneció al gran Salomon. El contenido de la carta era el siguiente:

«Al nombre del supremo, feliz y poderoso sultan de las indias, salud envia Abdalá Harun, colocado por la mano de Dios en el honroso puesto que ocuparon sus antepasados de gloriosa memoria.

Habiendo recibido con satisfaccion vuestra carta, y por ello os devolvemos esta, salida del consejo de nuestra Puerta Otomana, verjel en que se cultivan eminentes ingenios, abrigamos la esperanza de que al poner en ella vuestra vista, reconocereis la buena intencion que nos ha movido á enviarla, y no la despreciareis.»

Gran contento recibió el rey de Serendib al verse correspondido en la amistad que habia manifestado al califa, y me trató con todas las consideraciones debidas á un representante de aquel cerca de su persona. Me detuve pocos dias en aquella isla, y cuando fuí á despedirme del rey me regaló varias prendas de incalculable valor. Me embarqué para volver á Bagdad: el viento era favorable y hubiera podido llegar en breve con felicidad; pero la voluntad Divina lo dispuso de otro modo.

Llevábamos tres dias de navegacion, cuando fuimos acometidos por unos corsarios: nosotros no podíamos oponerles resistencia por ser nuestro buque inferior al suyo, y fuimos fácilmente apresados. Quisieron resistirse algunos de los nuestros; y pagaron con la vida su temeridad. Los que caimos prisioneros, fuimos tratados por los corsarios como esclavos. Nos desnudaron, nos dieron unos vertidos muy malos y nos condujeron á una isla muy distante, y allí nos vendieron.

Yo dí en manos de un mercader muy rico, el cual me trataba con bastante humanidad, teniéndome perfectamente vestido como esclavo, y dándome bien de comer. A los pocos dias de estar en su casa me preguntó si sabia yo algun oficio, y contestándole que mi profesion era la de mercader, añadió si no sabia disparar el arco: «En mi juventud, le respondí, era uno de mis ejercicios predilectos, aun creo que no lo habré olvidado.» Mandó entonces que me diesen arco y flechas, y que montase yo en un elefante detrás de él. Caminamos largo rato y llegamos de aquel modo á un bosque muy distante de la ciudad. Cuando estuvimos bien internados en él, bajó al suelo y me mandó que tambien me apease. Se acercó á un gruesísimo árbol y me dijo: «Aquí os quedareis; subid á ese árbol, estad en acecho y á los elefantes que veais pasar por debajo disparadles: aquí hay muchísimos, y si matais alguno, corred al instante á decírmelo. Aquí os quedan víveres para algunos dias.» Al acabar estas palabras volvió á montar en el elefante y se marchó á la ciudad, quedándome yo solo en el árbol.

Estuve toda la noche acechando y ningun elefante ví pasar; pero apenas rayaba el dia se presentó un gran número de ellos. Disparé varias flechas y al fin logré dejar tendido uno. Se retiraron los demas y entonces bajé yo y fuí á dar parte á mi amo del buen resultado de mi caza.

Mi amo quedó muy satisfecho de mi destreza y me dió perfectamente de comer. Fué conmigo al bosque, abrimos un hoyo y enterramos allí al elefante muerto por mí. El hacer esto era para que se pudriese la carne y recojiendo luego los huesos y colmillos, comerciar con ellos.

Dos meses consecutivos me duró aquel trabajo, matando cada dia un elefante. Una mañana me llené de terror viendo venir hácia el árbol un número de elefantes crecidísimo, mayor que el de otros dias. Llegaron al pie del tronco, le rodearon y alzaron las trompas á lo alto, fijando sus ojos en mí. Aterrado con tal espectáculo se me cayeron de las manos las flechas y el arco. El elefante mayor de todos aquellos, agarró el tronco del árbol con su trompa, le movió fuertemente, le arrancó y le tiró al suelo. En el momento que yo caí, me cojió con su trompa el animal, me colocó sobre sus espaldas, se puso delante de todos los demas, y siguiéndole aquellos, me llevó á un sitio muy distante y oculto del bosque. Me bajó con sumo cuidado y me dejó en el suelo, marchándose con todos los que le acompañaban.

Lleno de temor quedé allí esperando algun terrible suceso; pero luego que pasó algun tiempo y nada me acontecia ni volvian los elefantes, me levanté y anduve para reconocer el terreno. Vi que me hallaba en una llanura muy estensa, cubierta por todas partes de huesos y colmillos de elefantes. Varias fueron las ideas que me ocurrieron á tal vista, y al fin concluí por admirar el instinto de semejantes animales, convencido de que me habian llevado á su cementerio para darme á entender que, si el hacerles la guerra era con objeto de utilizar sus huesos, allí podia proveerme de ellos en abundancia, sin necesidad de hacerles daño. Muy lleno de gozo me dirijí á la ciudad, y caminando todo un dia y una noche, llegué á casa de mi amo.

Cuando me vió entrar me dijo: «Pobre Simbad! qué te ha sucedido? Impaciente cuanto tardabas fuí al bosque y encontrando un árbol recien arrancado y á su lado el arco y las flechas, te busqué por todas partes, perdiendo al fin la esperanza de volverte á ver.» Tranquilicéle contándole cuanto me habia ocurrido, y al dia siguiente fuimos al bosque; llegamos á la llanura y cargamos de colmillos al elefante, volviéndonos á la ciudad. Cuando estuvimos en casa me dijo mi amo: «Seria en mí una ingratitud trataros como esclavo despues de un descubrimiento que acabais de hacer, que bastará para asegurar mi fortuna. Dios vele por vuestras prosperidades: por mi parte declaro ante él, que os dejo en libertad en este instante. Ahora sabed el peligro á que habeis estado espuesto. Son innumerables los esclavos que mueren todos los años por los elefantes en este bosque adonde los enviamos á buscar marfil. Dios ha querido concederos un singular favor, y á él no quiero yo oponerme. A mas de la libertad os doy otros bienes de mayor consideracion, para que con ellos podais contaros desde hoy un hombre riquísimo.»

Embriagado de gozo le respondí: «Señor, lo que haya hecho, queda suficientemente retribuido con la libertad que me concedeis; quiero solo que añadais á este don el permiso para volverme á mi pais.» Tan pronto como lleguen aquí unos bajeles que acostumbran venir á cargar de marfil, podreis lograr vuestro deseo, me contestó él. Los dias que tardaron en llegar los bajeles me tuvo en su casa tratándome como un amigo, yendo diariamente al bosque y acopiando una inmensa cantidad de marfil. No pudo estar oculto mucho tiempo aquel descubrimiento, y tambien otros mercaderes se aprovecharon de él.

Llegaron los buques, y mi amo cargó uno por cuenta suya, cediendo á mi favor todo su producto. Dándome además muchas preciosidades de aquel pais, me despidió, agradeciéndole yo los beneficios que me dispensaba. Me embarqué, y la navegacion fué sumamente próspera, llegando á un puerto de tierra firme de la India, donde vendiendo el marfil, saqué una crecida cantidad de dinero y dispuse mi viaje hácia Bagdad por tierra en union á una caravana.

Fué largo el camino y tuve que sufrir mucho; pero al fin llegué felizmente á Bagdad, presentándome al instante al califa para darle cuenta de mi embajada. Mucha fué la satisfaccion que tuvo el monarca viéndome, pues me dijo que habia temido por mí cuando tardaba tanto en la vuelta. Yo le referí la aventura de los elefantes, y quedando admirado, mandó que la escribiesen en pergamino con letras de oro para ser conservada en sus archivos. Recibí muchos presentes de su mano y me retiré á mi casa con mis parientes y amigos, firmemente resuelto á no volver á emprender otros viajes.

Aquí terminó Simbad su historia con el sétimo viaje, y poniendo la mano sobre el hombro de Nadir le dijo: «¿Qué os parece, amigo? ¿Habiais oido nunca decir de alguno que hubiese corrido tan estrañas aventuras como las mias? ¿Conoceis algun hombre que haya puesto á riesgo tantas veces su vida? ¿Direis ahora que no tengo bien merecido el disfrutar una vida tranquila y deliciosa? Cuando dijo estas palabras, Nadir besándole la mano le contestó. «Perdonad, señor, la ofensa que os hice al hablar de vos en el primer dia antes de conoceros: confieso que todos mis padecimientos jamás han podido compararse con los vuestros, y por lo tanto mereceis aun mucho mas que lo que poseeis. Continuad siendo feliz y haciendo buen uso de vuestras riquezas con vuestra caridad, hasta la hora de vuestro fallecimiento.

Mandó Simbad que le diesen otros cien zequies y haciéndole dejar el oficio de mandadero le admitió en el número de sus amigos, comiendo con ellos en su mesa frecuentemente, para que jamás olvidase las aventuras de Simbad el marino.

FIN.

—En vuestra mano está la salvacion de mis inocentes hijos.

—¡Basta!

—Un padre implora á otro padre y no es siquiera escuchado.

—¡Qué diantre!

—¿Os conmoveis al fin?

—Y bien, ¿qué es lo que exigís de mí?

—La salvacion.

—Trataré de salvaros.

—¡Gracias, gracias!

—¿Pero cómo?

—Dejándome huir con toda mi familia.

—Es tarde para eso.

—Es tiempo todavía.

—No.

—¿Que nó decís?

—Tiene el rey tan bien tomadas las medidas, que nadie, ¿entendeis? nadie absolutamente podrá esta noche escapar del Louvre.

—¡Cielos!

—Intentadlo y vos, vuestros hijos y vuestra esposa seriais muertos antes de traspasar sus umbrales.

—¡Oh Dios! ¿Y qué hacer?

—Obedecerme en todo ciegamente.

—Estoy pronto...

—Pues seguidme.

—¿Adónde?

—A la cámara del rey.

—¡Qué escucho!

—Allí hareis entrega de las llaves del palacio, y luego de vuestra espada.

—¡Cielos!

—¿Qué os asombra?

—¿Y es de esa suerte como me quereis salvar?

—Sí.

—Os burlais de mí, señor conde de Alenzon.

—Soy incapaz de burlarme del vencido.

—Pero...

—¿Fiais en mi palabra ó no?

—¿Y qué hacer sino fiar?

—Pues seguidme y obedecedme sin abrigar temor alguno.

—¡Oh!

—Vamos, vamos porque el tiempo vuela.

—Vamos, y plegue al cielo...

—Ni una palabra más, señor ministro,—dijo Buridan entrelazando su brazo al de Enguerrando de Marigny y obligándole á caminar con paso rápido.

—¡Ministro!—murmuró Longueville con acento de amargura.—Todavía me llamais ministro.. .. ¡Qué escarnio!

—¿Tambien creeis que os escarnezco?

—¿Y cómo no?

—¿Conque tan infame me considerais?

—¡Ah!

—Enhorabuena. Pensad de mí lo que gusteis, dudad cuanto querais, temed lo que os plazca, pero tened en cuenta que cuando Buridan empeña una palabra...

—¿La cumple?

—Siempre que en su mano está cumplirla.

—¿Y la que me habeis empeñado...

—La cumpliré pese á quien pese. Mas silencio: hemos llegado: serenad vuestro semblante y no olvideis que el rey aun os cree inocente y que si os prende hasta mañana es solo por mera precaucion, para evitar que los conjura-